

NARCISISMO Y PLACER: ELEMENTOS PARA LA TEORÍA DE LA CULTURA

*Martín Murillo Córdoba**

Resumen

Narcisismo y placer son dos vetas originalmente desarrolladas por Sigmund Freud para hablarnos de la psique humana. Aunque fueron expuestas hace más de ochenta años, ambas han trascendido en su valor explicativo tanto que, actualmente, siguen dando cuenta de la construcción del ser humano como ente social y como ente cultural.

Interesa en este documento, una sucinta exploración por dos dimensiones del psicoanálisis freudiano, que demuestran poseer formas reflexivas de gran valor para denotar la herencia histórica, mental y espiritual de la conducta humana. Con ello, se han dan pasos para la construcción de una teoría de la sociedad y de la cultura que llega hasta nuestros días.

Presentación

El tránsito del ser humano a través la historia, ha sido definido en especial por la forma en que ha asumido su interacción con el medio que lo circunscribe. Relación gobernada por las caprichosas formas de la naturaleza y sus derivables perfiles espacio-temporales. Juegan dentro de esta dinámica, las formas subjetivas que el ser humano ha generado desde su capacidad de reflexión y pensamiento, así como, desde sus más recónditos intersticios mentales. Desde su psique, devienen las actitudes más fantasmagóricas de asumir el ser. El homus recolector , más que asediado por su organicidad social, lo estaba por el “hambre de la panza ”; definía desde ahí el ser y el hacer de su posibilidad social y cultural.

Hoy, en los albores del siglo XXI, el homus administratio pareciera enajenar el hambre, constituyendo más bien, una red mental de sometimiento y dominio cuyas leyes de la psique y en particular, las que corresponden al narcisismo (como hecho real, como una vía del hedonismo del ser contemporáneo)parecieran denunciar el ser social como hedónicamente narcisista (egoísta, ególatra).

* Economista y Administrador. Estudiante del Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura, Universidad de Costa Rica.

En esta conflictiva argamasa, el ser humano ubica sus circunstancias bajo hechos triviales que generen para sí, la posibilidad de la satisfacción insustancial de su acontecer cotidiano. Asume las formas de placer que le son propias, como formas aparentes de su reposo respecto a las cargas y contracargas naturales. Esta actuación individual del ser, es la actuación pulsional de un conglomerado cuya proyección decanta eventos del ser social, más allá del principio del placer.

La dinámica evolutiva del ser social puede ser abordada desde las pretensiones explicativas de una teoría filosófica o psicológica. La idea es lograr una lectura de cómo el poder y el dominio son hechos intrínsecos a la evolución de su psique; es decir la concreción de las formas de relación social como formas de sometimiento, y en todo caso de negación del ser, por el ser mismo.

Pero, ¿Cómo atisbar con cierta certidumbre las afirmaciones planteadas o cómo apoyarse robustamente para avanzar? El desarrollo del conocimiento y de la ciencia ha sido capaces de plantear sendas reflexiones. Las ciencias del hombre como las de la salud permiten tales espacios. Por ejemplo, la cibernética ha penetrado el mundo de la genética con todas sus promesas de desarrollo -para bien, para mal. No obstante, las respuestas continúan siendo parciales, unívocas, fragmentadas y dispersas, aun sin referirse a la continuada controversia entre las fronteras del saber y la natural disputa sobre los límites jurisdiccionales. Ante tales circunstancias, cabe manifestar que un esfuerzo urgente y determinante es estudiar la fenomenología sobre "sociedad y cultura ". Pareciera también necesario, explorar alternativas sobre cómo teorizar fundacionalmente sobre el asunto. Entonces, es muy oportuno regresar a los propósitos que Sigmund Freud intentó consolidar a través de su obra: una teoría sobre la sociedad y la cultura.

En este sentido, interesa a estas notas, realizar una sucinta exploración de dos de las tantas vetas que las teorías freudianas han dejado establecidas en condiciones fundacionales. Así, se evidencian como desplegadas, conductas individuales que al unísono constituyen un funcionamiento social, cual concentrado, egocéntrico: narcisista. También, la ubicación de aquellas fronteras en las cuales el placer, el displacer y sus contrarias formas de satisfacción, definen vías del funcionamiento social. Para ello, es necesario recurrir a dos de los pilares de la construcción freudiana. Uno, escrito en 1914 bajo el título "Introducción al narcisismo " y el otro, , un ensayo producido hacia 1919-1920, denominado "Más allá del principio del placer ". Ambos trabajos, exploran la psique humana y por ende, permiten una interpretación de la historia del ser humano.

Asimismo, dentro de las posibles críticas del sujeto y de la cultura desde Sigmund Freud, puede lograrse el estudio del sujeto bajo una perspectiva metapsicológica. Aspecto muy olvidado de la obra freudiana. De hecho, las dimensiones del psicoanálisis demuestran poseer formas reflexivas de gran valor en las sociedades modernas.

Cabe destacar que, la presente reflexión persigue una exploración metodológica y ante todo, reconociendo el gran riesgo que conlleva, parafrasear a Freud con tanta continuidad. Especialmente, considerando lo denso y profundo de sus argumentos. Esto justificará, recurrir a la puntualidad de los apuntes del padre del psicoanálisis.

Sigmund Freud: Más que un psicoanalista, un teórico de la cultura y la sociedad

Conocido como hijo de la tardía Ilustración, Sigmund Freud consolidó a través de su vida, una prolífica construcción de tal envergadura, que en mucho compromete su ser social, científico y apolítico.

Freud (1856-1939) médico y neurólogo austriaco, es conocido históricamente como el fundador del psicoanálisis. Nacido en Freiberg (actual Příbor, República Checa), el 6 de mayo de 1856, se terminó de formar en la Universidad de Viena. A sus tres años, su familia huyó de los disturbios antisemitas que entonces se producían en Freiberg, trasladándose a Leipzig. Poco tiempo después, la familia se instaló en Viena, donde Freud residió la mayor parte de su vida. Se conoce que originalmente su intención perseguía el ejercicio del derecho, Sin embargo, se decidió a estudiar medicina justo antes de entrar en la Universidad en 1873, pues sintió gran inspiración por las investigaciones científicas del poeta alemán Goethe.

Tempranamente, comenzó a investigar sobre el sistema nervioso central de los invertebrados, en el laboratorio de fisiología que dirigía el médico alemán Ernst Wilhelm von Brücke, tareas que fueron profundamente absorbentes. En 1881, luego de su licenciatura, permaneció en la Universidad como ayudante en el laboratorio de fisiología.

Freud estuvo tres años en el Hospital General de Viena, dedicándose sucesivamente a la psiquiatría, la dermatología y a los trastornos nerviosos. En 1885, tras su designación como profesor adjunto de Neuropatología en la Universidad de Viena, dejó su trabajo en el hospital, recibiendo una beca del gobierno para estudiar en París junto al neurólogo Jean Charcot, quien a su vez

trabajaba en el tratamiento de ciertos trastornos mentales mediante la hipnosis, en el manicomio de Salpêtrière del que era Director. Los estudios de Freud con Charcot, centrados en la histeria, encauzarían definitivamente sus intereses hacia la psicopatología, como el estudio científico de los trastornos mentales. Desde aquí, se originarían sus más controversiales aportes sobre la conducta humana, incluyendo su teoría sexual, así como, el tratamiento sobre el narcisismo y el placer.

El narcisismo, el placer y su estrecha relación

El vocablo “*narcisismo*” es un criterio clínico que designa una conducta de autosatisfacción donde el objeto sexual se constituye en el propio cuerpo del sujeto hasta llevarlo a completa satisfacción. Finalmente, dicha conducta asume el marco de las perversiones. Hecho que constituye para Freud, una hipótesis general del narcisismo como acto psíquico.

Tal manifestación evidencia diferentes grados de intensidad que van desde una relación histérico neurótica –que no concluye con una ruptura definitiva en la relación erótica con las personas y las cosas – hasta aquellos puntos en los cuales un delirio de grandeza y la falta de interés por el mundo exterior, se constituyen en un aislamiento de introversión parafrénica, que concluyen en forma de aislamiento definitivo.

Sin embargo, ciertas manifestaciones del narcisismo no serían por sí mismas expresiones de perversiones, sino más bien, un complemento libidinoso del egoísmo del instinto de conservación, que corresponde a las funciones de autoprotección de todo ser vivo.

¿Qué relación existe entre el narcisismo y el autoerotismo, descrito como un estado primario de la libido?(Freud, 1996, p. 2019). Desde un principio es inexistente un individuo con una unidad comparable al yo. Así para Freud, es absolutamente necesaria la hipótesis de que el yo tiene que ser desarrollado. En cambio, los instintos autoeróticos son primordiales, es decir, surgieron en el mismo momento en que el ser humano lo hizo.

Freud cuestiona si tendrá que ver una carga primaria de libido con la atribución al yo. “*¿Cuál sería la necesidad de que sea precisada la diferenciación entre una libido sexual, en relación con una energía no sexual de los instintos del yo?*”(Freud, 1996, p. 2019). *Sería imposible dado el alcance de los estudios en referencia, responder decisivamente. Desde luego, representaciones tales como la de una “libido del yo”, una “energía de los instintos del yo”, etc., son poco*

claras y pobres en contenido. Y, una teoría especulativa de estas cuestiones tendería a sentar como base un concepto claramente delimitado, pero solo que alcanza el rango de especulación.

Por otra parte, la construcción del narcisismo buscaría una fundamentación teórica:

“¿La hipótesis básica de una energía psíquica unitaria no ahorraría posiblemente todas las dificultades que presenta la diferenciación entre energía de los instintos del yo y libido del yo, libido del yo y libido objetal?” ((Freud, 1996, p. 2019)

En este sentido, el autor plantea que *“el valor de los conceptos de libido del yo y libido objetal reside principalmente en que proceden de la elaboración de los caracteres íntimos de los procesos neuróticos y psicóticos. La libido dividida en una libido propia del yo y otra que inviste los objetos, es la prolongación inevitable de una primera hipótesis que separó las pulsiones en las del yo y en sexuales. Para Freud, las demás tentativas de explicar por otros medios estos fenómenos han fracasado rotundamente ”*((Freud, 1996, p. 2019).

A juicio del autor, para dar un mayor contenido teórico al narcisismo como fenómeno psíquico, se presentan grandes tropiezos como la falta contundente de una teoría de los instintos. Sin embargo, es posible establecer una diferenciación respecto de la energía psíquica bajo dos premisas. Por un lado, dos categorías instintivas particulares: hambre y amor. Por otro, el papel de determinadas circunstancias biológicas.

Asimismo, no pueden pasarse por alto, las funciones que establecen las relaciones “materias y procesos químicos ” sobre la sexualidad, , que incluso, determinen la continuación de la vida individual respecto a la especie. En este sentido, Freud expresa una posición determinante, a saber:

“Puede ser también que la energía sexual, la libido, no sea, allá en el fondo, más que un producto diferencial de la energía general de la psique. Pero tal afirmación no tiene tampoco gran alcance. Se refiere a cosas tan lejanas de los problemas de nuestra observación y tan desconocidas, que se hace tan ocioso discutirla como utilizarla ” ((Freud, 1996, p. 2020).

No obstante, este asunto tiene aristas difíciles de abarcar, aun dentro del controversial plano teórico, que de suyo, es el resultado de la observación y la exploración de la empiria. La controversia entre los escritos de Freud, Ferenczi y Jung denota que el abordaje explicativo sobre esta fenomenología encuentra

salidas confusas. De acuerdo a Freud, aún cuando son insostenibles estos argumentos. La disputa sobre el papel de la libido:

“Puede mantener totalmente apartado de los humanos su interés sexual y haberlo sublimado, convirtiéndolo en un intenso interés hacia lo divino, lo natural o lo animal, sin haber sucumbido a una introversión de la libido sobre sus fantasías o a una vuelta de la misma al propio yo ” ((Freud, 1996, p. 2021).

Ahora bien, llegar directamente al narcisismo tendrá siempre caminos áridos. Por ejemplo, el aquejamiento de un dolor hará que el individuo evada o cese, su apetito por el mundo exterior, como producto de su dolencia. Es poco notable en esta relación una evocación narcisista, por oposición a una neurosis generada en el sufrimiento padecido. Pareciera más bien, que:

“La libido y el interés del yo tienen aquí un destino común y vuelven a hacerse indiferenciables. Semejante conducta del enfermo nos parece naturalísima, porque estamos seguros de que también ha de ser la nuestra en igual caso ” (Freud, 1996, p. 2022).

Considera Freud que otra dificultad en el abordaje del narcisismo, por ejemplo, se refleja en la presencia de anomalías como el papel de la hipocondría, de la cual deviene un rango diferenciable entre un órgano realmente lesionado y la presunción psíquica de que lo está. En este sentido, de darse facultades de erogeneidad a los diversos órganos expuestos y externos del cuerpo, las formas de hipocondría podrían, ejercer acciones susceptibles de desplegar sobre la distribución de la libido la misma influencia que la enfermedad material de los órganos, pero cuando éstos como representantes de los verdaderos órganos erógenos, asumiendo con el autor, la posibilidad de sustitución en la función erógena de éstos por aquellos.

El displacer es un elemento que también se vincula a la exploración del narcisismo. Por cuanto, es la expresión de un incremento de la tensión, por tanto, del aumento de una cantidad del suceder material la que aquí, como en otros lados, se transforma en cualidad psíquica. Desde este punto de vista, es posible aproximarse a la cuestión de por qué la vida anímica se ve forzada a traspasar las fronteras del narcisismo e invertir de libido objetos exteriores. Una cierta carga libidinosa del yo sobrepasa cierta medida, desembocando en el egoísmo típico de la enfermedad.

En este punto, la penetración en la mecánica de las parafrenias puede evidenciar transferencias que van desde la liberación de la libido por la frustración

hasta su retracción al yo; donde aquella permanece desligada a los objetos de las fantasías. Este evento asocia tres grupos de fenómenos: aquellos que quedan en estado de normalidad o de neurosis (fenómenos residuales); los del proceso patológico (el desligamiento de la libido de sus objetos, la megalomanía, la perturbación afectiva, la hipocondría y todo tipo de regresión); y los de la restitución, que ligan nuevamente la libido a los objetos a la manera de una histeria (demencia precoz o parafrenia propiamente dicha) o a la de una neurosis obsesiva (paranoia).

La vida erótica del hombre y la mujer constituyen un importante acceso al estudio del narcisismo. Así, dentro de muchos elementos que permiten el análisis del fenómeno en estudio, es necesario apuntar que las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas son vividas en relación con funciones vitales destinadas a la conservación.

Los instintos sexuales se apoyan al principio en la satisfacción de los instintos del yo, y sólo ulteriormente, se independizan de estos últimos. Aquí cobra fundamental importancia el papel de las personas que han otorgado una atención primaria hacia el sujeto. Una perturbación así evidenciada muestra cómo en el ser narcisista, es sustituida aquella figura por la propia persona. En esta observación yace el principal motivo que mueve a adoptar la hipótesis del narcisismo.

En el análisis freudiano se explicitan, también, conductas diferenciables entre los caracteres de hombres y mujeres, cuya raíz es detectable en los procesos sexuales propios de la niñez. Para el varón, el narcisismo primario puede corresponder en el futuro a una transferencia de sí mismo sobre su objeto sexual. En el caso de la mujer y bajo diversas formas de manifestación, se muestra una intensificación que *“parece surgir, con la pubertad y por el desarrollo de los órganos sexuales femeninos, latentes hasta entonces, una intensificación del narcisismo primitivo, que resulta desfavorable a la estructuración de un amor objetal regular y acompañado de hiperestimación sexual”* (Freud, 1996, p. 2025). Para Freud, el punto más espinoso del sistema narcisista es:

“la inmortalidad del yo, tan duramente negada por la realidad conquista su afirmación refugiándose en el niño. El amor parental, tan conmovedor y tan infantil en el fondo, no es más que una resurrección del narcisismo de los padres, que revela evidentemente su antigua naturaleza en esta su transformación en amor objetal ” ((Freud, 1996, p. 2027)

Otros elementos destacables son los rasgos propios de la autoestimación y el desarrollo de una conducta narcisista. La autoestimación, en principio, es una expresión de la magnitud del yo, sin que de momento interese conocer los diversos elementos que determinarán dicha magnitud. Todo lo que una persona posee o logra, cada residuo del sentimiento de la primitiva omnipotencia confirmado por su experiencia, ayuda a incrementar su autoestima. En esa medida, la introducción de la diferenciación de instintos sexuales e instintos del yo, reconoce en la autoestimación, una íntima relación con la libido narcisista.

Dos hechos fundamentales apoyan tal afirmación. Por un lado, la autoestimación aparece intensificada en las parafrenias y debilitada en las neurosis de transferencia. Por otro, el hecho de que en la vida erótica, el no-ser-amado disminuye la autoestimación y el serlo, la incrementa. Alude Freud que: *“Ya hemos indicado que el ser amado constituye el fin y la satisfacción en la elección narcisista de objeto”* (Freud, 1996, p. 2031). Indica también que:

“Dada una represión de la libido, la carga libidinosa es sentida como un grave vaciamiento del yo, la satisfacción del amor se hace imposible, y el nuevo enriquecimiento del yo sólo puede tener efecto retrayendo de los objetos la libido que los investía ” ((Freud, 1996, p. 2031).

El abordaje de las formas de conducta narcisistas, suponen múltiples vías de acceso a la naturaleza de su fenomenología, lo que sin embargo, no suaviza el camino de la interpretación y derivación de un estado narcisista, no en una primera acepción neurótica, sino más bien dentro de una dimensión de introversión dentro de que parecerían limitarse eventualmente acciones psicoanalíticas clínicas hacia la conducta narcisista del enfermo.

Freud expresa que entre otras derivaciones, por ejemplo:

“La fórmula correspondiente sería: es amado aquello que posee la perfección que le falta al yo para llegar al ideal. (...). El sujeto intentará entonces retornar al narcisismo, eligiendo, conforme al tipo narcisista, un ideal sexual que posea las perfecciones que él no puede alcanzar ” ((Freud, 1996, p. 2033)

Para llegar a la constitución de una metapsicología como un aporte a la teoría de la cultura, también se puede avanzar a través de la siguiente cuestión. ¿Cuánto de la pulsión humana como un elemento primitivo y determinante de la psique del ser, se refleja hacia la sociedad? En la ruta que ha trazado Freud, las pretensiones de una metapsicología parecieran tener siempre la posibilidad de

constituirse, en una vía que puede vincularse y actuar respecto de los factores tópicos y dinámico, propios del análisis de la teoría psicoanalítica.

Ala luz del análisis de los aparatos psíquicos, “el principio del placer ” funge como rector de los diversos instintos anímicos, particularmente, del instinto sexual y su actuación entre el yo y el ello. El “yo ”sería siempre la parte racional de la cual proviene todo principio de moral, como modelo construido por la lógica cultural-societal imperante en un determinado espacio histórico. Con ello, sus costumbres, sus creencias y todas aquellas actitudes propias de las formas de dominio y poder, derivadas de la composición de la estructura ideológica de dicho momento. Curiosamente, la evidenciada relación antitética, entre un yo y un ello, componentes de la unidad psíquica del ser mental, recurren entre otras manifestaciones, a las actitudes de repetición. En la vida anímica existe, realmente, una obsesión de repetición que va más allá del principio del placer.

El tránsito por estas formas de repetición, supone una serie de conductas que darán satisfacción a expresiones de dominio sobre aquellos sucesos desagradables que se pretenden rechazar, por medio de un rodeo. La repetición permitirá el perfeccionamiento del dominio sobre los sucesos. Esto puede conducir a un espacio de atención particular. Todo instinto, podría ser, una tendencia propia a lo vívido de las fuerzas orgánicas, que suelen tender a la reproducción de eventos que han sucedido en pretérito.

Toda animación como resultado de una excitación sobre la materia animada devendrá como una respuesta de la vida orgánica. Si esta condición se vincula con aquellas actitudes de naturaleza repetitiva, podría ser posible una contra tendencia que sería, el retorno a lo inanimado, como espacio en que el conflicto reposará eternamente. En síntesis, “el retorno a lo inorgánico es fundamento de muerte. Lo inanimado era antes que lo animado ” ((Freud, 1996, p. 2533).

Corre aquí una suerte de desvanecimiento de las pretensiones de existencia, pues la tendencia instintiva al reposo, es la tendencia natural de la inexistencia. La repetición de esta conducta psíquica podría ser la forma sistémica de todo abandono de las formas de vida, en la cual, los instintos ceden pasivamente a los espacios de no- existencia que tienen su conjunción en la muerte. La tendencia anterior, como una respuesta de la energía libidinal, provee una contra respuesta revitalizadora de la animidad del ser a través de su aparato psíquico; acto que fundamenta las posibilidades mismas de la vida, como el espacio total de existencia plena.

Asumidas ambas contraposiciones, una y otra energía actúan y donde la muerte es prácticamente entrópica de toda pretensión de vida. Más allá del principio del placer, se traza una sutil línea, en cuya frontera se debaten a muerte, los deseos y las aspiraciones del ser. Pero por sobre todo, las verdaderas posibilidades de reconocimiento de un ser social, de un posible futuro porvenir.

Narcisismo y placer. Elementos que contribuyen hacia una teoría de la sociedad y cultura

Dentro del papel de sus observaciones clínicas, Freud halló evidencias de los mecanismos mentales de la represión y la resistencia. Describió a la primera, como un mecanismo inconsciente que hace inaccesible a la mente consciente, el recuerdo de hechos dolorosos o traumáticos; y la segunda, como la defensa inconsciente contra la accesibilidad a la conciencia de las experiencias reprimidas, para evitar la ansiedad que de ellas se derivan.

En este sentido, Freud propuso seguir el curso de los procesos inconscientes, usando las asociaciones libres del paciente como guía para interpretar los sueños y los lapsus en el lenguaje (además de chistes, actos fallidos, etc.). Mediante el análisis de los sueños llegó a sus teorías sobre la sexualidad infantil y el complejo de Edipo, que explicaría el apego del niño al progenitor del sexo contrario, junto con los sentimientos hostiles hacia el del propio sexo.

Bajo esta línea, Freud consolidó elementos para uno de sus objetivos primordiales, la construcción de una metapsicología. En “Introducción al narcisismo ”:

“El individuo vive realmente una doble existencia, como fin en sí mismo y como el eslabón de un encadenamiento al cual sirve independientemente de su voluntad, si no contra ella. Considera la sexualidad como uno de sus fines propios, mientras que, desde otro punto de vista, se advierte claramente que él mismo no es sino un agregado a su plasma germinativo, a cuyo servicio pone sus fuerzas, a cambio de una prima de placer, que no es sino el substrato mortal de una sustancia inmortal quizá ” ((Freud, 1996, p. 2019).

Es el poder de su argumento, lo que provee un dominio al discurso psicoanalítico, incluso en la ironía como forma de expresión, como forma satírica sobre la oficialidad del pensamiento de la época, a saber:

“Seguramente esta identidad primordial (de orden biológica) es de tan poca utilidad para nuestros fines analíticos como el parentesco primordial de todas las

razas humanas para la prueba de parentesco exigida por la autoridad judicial para adjudicar una herencia ” ((Freud, 1996, p. 2021).

Se destaca también en el dominio de sus planteamientos, la capacidad de mantener férreamente la controversia que generó. En su alegato con Jung, sostiene una clara actitud al respecto:

“En primer lugar, aduce equivocadamente mi propio testimonio, afirmando que yo mismo he declarado haberme visto obligado a ampliar el concepto de la libido ante las dificultades del análisis del caso Schreber (esto es, a abandonar su contenido sexual), haciendo coincidir la libido con el interés psíquico en general. En una acertada crítica del trabajo de Jung ha demostrado ya Ferenczi lo erróneo de esta interpretación ” ((Freud, 1996, p2021.).

Se deduce el papel de Freud, dentro de las controversias y contra las formas convencionales de la época y los valores sociales psíquicos de la libido:

“La investigación psicoanalítica que nos permite, en general, perseguir los destinos de los instintos libidinosos cuando éstos, aislados de los instintos del yo, se encuentran en oposición a ellos, nos facilita en este sector ciertas deducciones sobre una época y una situación psíquica en las cuales ambas clases de instintos actúan en un mismo sentido e inseparablemente mezclados como intereses narcisistas ”. De esta totalidad ha extraído A. Adler su «protesta masculina », en la cual ve casi la única energía impulsora de la génesis del carácter y de las neurosis, pero que no la funda en una tendencia narcisista, y, por tanto, aún libidinosa, sino en una valoración social ” ((Freud, 1996, p. 2027).

El principio del placer parece hallarse al servicio de los instintos de muerte, aunque también vigile a las excitaciones exteriores, que son consideradas como un peligro por las dos especies de instintos. Pero especialmente, a las elevaciones de excitación procedentes del interior, que tienden a dificultar la labor vital. Por tanto, la presente reflexión considera que “el placer como principio ”, irradia con toda su potencia, hacia todo el espectro de lo que es posible asumir como las formas concomitantes de la conducta social de una colectividad, apoyadas y justificadas por tal principio.

Este es un fenómeno que alcanza todos los pliegues del tejido nervioso del cuerpo social, e induce y deslinda también formas de dominio y poder, de unos seres componentes de tal cuerpo, sobre otros, del mismo cuerpo, que en mucho son antagónicos entre sí, en su condición de ostentadores de tales formas psíquicas.

Son aquellos seres humanos miembros de tal cuerpo social, que actúan con toda su psique como dominadores, represores, negadores, de otros seres humanos también que desde su psique aceptan el papel de los primeros así como las intenciones de su brutal y enajenante dominio.

Aportes a la teoría de la cultura y de la sociedad

Nos enfrentamos a conglomerados sociales postmodernos, con una identificable actitud narcisista, como expresión del egoísmo del instinto de conservación en el empleo de las funciones de autoprotección como fuerzas inherentes a todo ser vivo y como formas de inmortalidad metapsicológicas del yo. Como se afirmaba al principio de estas páginas, se desconoce sí el homus recolector, supuso que su descendencia marcharía inexorablemente hacia formas de organicidad, que devendrían en la estructura trivial de las sociedades contemporáneas.

En todo caso, se encuentra el ser humano hoy, frente a estructuras somáticas que son fundamentalmente un reflejo del ser individual, adosado de toda forma, por la revertida función de la imposición ideológica de algunos sobre todos. Esos “algunos ” son propietarios y portadores de las formas corpóreas de poder y dominio. Tales formas radican en el poder de la estructura ideológica de cara a su momento temporal histórico.

El narcisismo y el placer son elementos para una teoría de la cultura, por la cual, han transitado los seres humanos desde tiempos antiguos. Es posible, teorizar fenómenos narcisistas, ególatras, y la tendencialidad para la vida y la muerte del placer como formas de gobierno sobre las manifestaciones de la pulsión, que permiten explorar la cultura como expresión y concreción histórico-social.

Aquellas formas sociales encuentran, en los albores del presente siglo, vías aglutinadoras, concatenantes de las nuevas estructuras, cuyos alcances atomizan y homogenizan el mundo entero, hacia formas globalizantes del ser y la cultura. Los esfuerzos por la interpretación y la aprehensión de tales fenómenos, tienen despliegues amplios y potentes, pero como se expresó, aún hoy los cruces fronterizos y transversales entre las ciencias tropiezan en los campos del saber. Por eso, el intento de interpretar tales fenómenos desde los aportes de la teoría freudiana, permiten llegar a tales fronteras.

Muchas son las lecturas interdisciplinarias que se han generado basándose en la teoría freudiana. El sentido del conflicto interjurisdiccional derivado desde tal

aporte, ha creado más bien, las controversias propias del reconocimiento de los límites entre unas disciplinas y otras. Este debate muchas veces ha sido positivo; muchas otras, subrepticio y desdichado. Las lindes del saber social y cultural se han enfrentado a señorías categoriales que han perseguido subsumir más que adscribir y validar los sedimentos que tales disciplinas hayan dejado. Por ejemplo, en sus trabajos sobre la sociedad industrializada, Habermas provee recursos apropiados y útiles. Curiosamente, su abordaje evidencia la posibilidad de conjuntar unas y otras categorías en ámbitos como la sociología y la psicología, conectando la tradición del materialismo histórico con lo dado por el psicoanálisis.

El conjuntamiento ha derivado entre otras controversias, en una que se ha negado a aceptar el posible ensamble entre valor de uso y las formas concretas del narcisismo, así como, el valor de cambio y el placer como principio. En sus exploraciones sobre el asunto, Ureña ha asumido la lectura de Habermas formulando que: *“El problema en torno al cual giraba la controversia (freudo-marxista), venía a resumirse en la necesidad de una mediación entre las categorías sociológica y las categorías psicológicas”* (1998, p. 39). Alega con ello Ureña, que es posible denunciar en todo eso, un doble sentido en tales connivencias. Por un lado, la posibilidad de creación de vasos comunicantes entre unos espacios teóricos y otros. Por otro, la superación del hecho limitante para el abordaje en el estudio sobre la sociedad y la cultura, de partes del ensamble dispersas, atomizadas y posiblemente, no reconciliables.

En todo caso, es posible plasmar los alcances de la modernidad a partir de un todo que persigue la eternización del ser como sujeto ahistórico. Recurriendo para ello y de manera particular, a la noción de eternidad narcisista, respecto de un ser humano que se niega por todos los medios a renunciar al carácter lógico de su temporal existencia. La pulsión de la vida y de la muerte, como pulsiones representativas de una diferenciación de la energía psíquica, actúa bajo dos premisas: hambre y amor. Estas condiciones son en todo caso fundantes de la ilustración y la industrialización, por ende, de la modernidad. Al considerar cómo el traslape de diversas disciplinas entran en polémica cuando se trata de pegar freudianismo con las demás posibilidades teóricas, otras propuestas también son relevantes.

En la obra *“Crítica de la modernidad”*, Touraine (1993, p. 156) se ocupa de la evolución del ser humano moderno, hijo de una Ilustración pseudo liberadora. En sus planteamientos, dentro de los vectores más relevantes para una lectura sobre modernidad, se destaca la estatura que lograron los postulados marcianos –en

relación con el progreso material – y el dominio de las fuerzas productivas, como liberación de la naturaleza. A juicio de Touraine, estos planteamientos no dejaron de rayar en un antihumanismo soportado desde la lucha de clases. Por otro lado, desde una perspectiva más puntualizada en el hombre, en su ser, devienen en un Nietzsche, que reivindica el siglo de las luces, pero desde una perspectiva de lo individual. Sin embargo, como argumenta el autor, faltaba entre aquellos planteamientos una emulsión de valor teórico, que diera la posibilidad de espacios a la fusión de tales planteamientos. En este argumento se soporta Touraine para afirmar la posibilidad de una teoría sobre sociedad y cultura a partir de los postulados freudianos. ¿Son narcisismo y placer signos de una conducta histórica, de una forma de la sumatoria de la libido de una sociedad? ¿Son aquellos argumentos también explicatorios de modernidad y cultura? Ni Marx ni Nietzsche, llegaron con tanta solidez a la concepción de la conducta humana. Dice Touraine (1993) que en “Freud, su obra es el ataque más sistemático que se ha llevado contra la ideología de la modernidad”.

En la búsqueda de recursos explicatorios sobre la sociedad y la cultura, Touraine (1993) valida la obra freudiana e instaura un punto de convergencia: “Sustituye la unidad del actor y el sistema, de la racionalidad del mundo técnico y de la moralidad personal, por una ruptura entre el individuo y lo social”. Siendo la modernidad, un tramado de sistematizaciones estructuralizadas que actúan como formas de represión de la libido y el complejo conjunto de mecanismos que se asocia a ello, con Touraine (1993, p. 157) se afirma que: “De un lado el placer, de otro la ley, mundos tan completamente opuestos uno a otro que resulta imposible concebirlos juntos”.

¿Cuál entonces una de las máximas expresiones de los alcances en una sociedad construida dentro de la lógica de la modernidad y la industrialización? Lo es una sociedad global, planetizada que propende a la homogeneidad societal y cultural, como respuesta al maquinismo de los aparatos ideológicos, y sus formas concretas de poder y dominio. Al decir de J. Friedman (2001), tal homologación es una causa no un efecto del desarrollo societal en términos de aquellos paradigmas: “Identidad cultural y proceso global, camino hacia la globalidad como una forma de extensión sistemática de los caprichos del ser individualizado”.

Los abordajes realizables a partir de las teorías postuladas por Freud son múltiples. Sin embargo, éste ha sido limitadamente visto en mucho como un

teórico de la psique, cuando el amplio espectro de sus postulados, conducen a una gran versatilidad y a formas transversales de pensamiento.

Desde la perspectiva de un “Mundo desbocado”, Anthony Giddens realiza afirmaciones que pueden relativizarse respecto de la construcción societal; por ello enuncia otra alternativa para el abordaje freudiano. que denotan nuevamente, los límites de cualquier sociedad: la globalidad:

“Cuando inició el psicoanálisis moderno, Freud pensaba que estaba instituyendo un tratamiento científico para la neurosis. Lo que en realidad estaba haciendo era construir un método para renovar la identidad personal en los primeros pasos de una cultura destradicionalizadora” ((Giddens, 1999, p. 60).

Muchos son todavía los elementos que destacan el valor de los textos tratados en estas páginas con autoría de Sigmund Freud. Son ensayos con grandes méritos en sí mismos, así como, explicativos de la naturaleza psíquica del ser humano. Sin embargo, con la atenuante de la limitación histórica y la revisión superficial de este documento, es posible reconocer principios de una teoría sobre “sociedad y cultura”.

Las dimensiones del psicoanálisis freudiano, demuestran poseer formas reflexivas de gran valor, que denotan la herencia histórica, mental y espiritual de la conducta humana. Es decir, de la construcción del sujeto histórico. Las limitaciones de construcción que son deducibles en el discurso freudiano, no debilitan las instancias desde las cuales es identificado el individuo como un sujeto, no como el objeto trivial de la pretendida rigurosidad científica.

Bibliografía

- Freud, S. 1996. Introducción al narcisismo . 1914. En: Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva. Pp. 2761-2800. Tomo II.
- Freud, S. 1996. Más allá del principio del placer. 1919-20. En: Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva. Pp. 2761-2800. Tomo III.
- Friedman, J. 2001. Identidad cultural y proceso global. Amorrortu Editores. Buenos Aires.
- Giddens, A. 1999. Un mundo desbocado. México: Profile Books. Ltd.
- Touraine, A. 1993. Crítica a la modernidad. España: Ediciones de Hoy S. A.
- Ureña, E. M. 1998. La teoría crítica de la sociedad de Habermas . Madrid: Editorial Tecnos.